



Santiago González, junto a la Ría de Bilbao, con la pasarela Zubi Zuri y las Torres Isozaki en el fondo. / MITXI

SANTIAGO GONZÁLEZ Periodista y escritor

En 'Lágrimas socialdemócratas' (La Esfera de los Libros), el columnista de EL MUNDO disecciona el «desparrame sentimental del zapaterismo» con el rigor –y el estupor– que brindan las hemerotecas

«A Zapatero le esconden porque su embrujo acabó con la crisis»

LEYRE IGLESIAS / Bilbao

Con la destreza de un sabueso, Santiago González (Burgos, 1950) ha buceado en cientos de entrevistas, comparencias y noticias protagonizadas por José Luis Rodríguez Zapatero para, con ironía y sin ensañamiento, desnudar su manera de hacer política durante los años en los que el líder de la Nueva Vía ha ostentado la Presidencia del Gobierno. El periodista presentará su libro el próximo viernes a las 19.30 horas en el Hotel Ercilla de Bilbao.

Pregunta.– No se siente usted mezquino al denunciar las «lágrimas socialdemócratas» porque, según cuenta en el libro, usted mismo las vertió como militante del PCE... hasta que leyó a Adam Smith.

Respuesta.– Fue una evolución de al menos veinte años de mi vida. Pero cuando estudié Ciencias Económicas fui viendo cosas innegables. Me llamó mucho la atención esa expresión de Adam Smith que dice: «Debes tu comida diaria al egoísmo de tu carnicero, de tu cervecero, de tu panadero, no a su buen corazón». Esta moral judeocristiana que arrastramos todavía se ve en el campo de la izquierda en la visión de los mercados y de los partidos. ¡Claro que los empresarios tienen ánimo de lucro! Pero eso es lo que colateralmente deja algunos beneficios sociales muy importantes. De la misma manera que los partidos políticos aspi-

ran a conquistar el poder. Hemos estado durante estos ocho años en plena exhibición de la lágrima socialdemócrata, en la que el partido en el poder acusaba al partido en la oposición de actuar movido por intereses electorales. ¡Claro, como todos! Para ganar votos tratan de satisfacer las necesidades de los votantes y esos son los efectos colaterales positivos. Finalmente me di cuenta de que eso de la creación de un hombre nuevo descontaminado de ansias de riqueza y de poder era una filfa.

P.– Y de la izquierda fue transitando hasta...

R.– Hasta un terreno de no sé dónde. ¡Mi estado actual es un estado perplejo!

P.– A través de una minuciosa colección de citas dibuja a un Zapatero que huye de su responsabilidad a través de la exhibición pública de sus sentimientos.

R.– Ésa ha sido su forma de gobernar: no atender tanto a sus responsabilidades como gobernante como a la exhibición a veces desmesurada y casi obscena de sus sentimientos: «Más por ti no puedo hacer», «He hecho todo lo que puedo y mirad cómo sufro por ello», «A nadie le duele más que a mí»... Los ciudadanos no esperamos o no deberíamos esperar de los gobernantes su cariño ni su comprensión, porque no los queremos para salir los sábados. Los votamos para que defiendan nuestras libertades y gestio-

nen nuestros intereses económicos. Cómo se sienta el presidente del Gobierno a mí no me importa.

P.– ¿Cuáles han sido sus mayores lágrimas?

R.– Hay decenas a lo largo del libro y todas muy jugosas. Pero una de ellas es espectacular. Se produjo el 18 de diciembre de 2008 en una entrevista que le hizo Gabilondo en Cuatro. Le preguntó: «¿Le noto más encerrado? ¿Hace cuánto que no sa-

perhéroe revela una actitud paternalista y religiosa de algo que tendría que ser estrictamente civil.

P.– ¿Es algo que ha inaugurado él en la política española?

R.– Aquí no hemos inventado nada más que el Chupa Chups y la fregona. En el libro rastreo el origen del buenismo, con la expresión de un periodista estadounidense en los años 30 que es *bloody heart*, corazón sangrante. El sociólogo Bret Stephens lo define muy bien: los buenistas son aquellas personas que quieren ser vistas como buenas.

P.– Pero ¿es un mal achacable únicamente a la izquierda?

R.– No, pero la izquierda tiene las mejores condiciones para ejercer ese buenismo sentimental, porque se sienten superiores moralmente. Por eso se exhiben. Yo soy, como dirían las hijas de Zapatero, una persona que se preocupa por los demás; el facha sólo se preocupa por sí mismo.

P.– La apelación a las emociones en política existe desde los griegos. ¿Qué diferencia hay con el liberalismo compasivo de Bush o la niña de Rajoy?

R.– Es cierto, pero creo que no admite comparación en número de veces ni insistencia con la izquierda. Todo político busca la complicidad emocional con su público. El problema es cuando eso es la sustancia de la forma de gobernar.

P.– Porque es un «optimista antropológico».



Portada del libro con el ojo de Zapatero.

le a cenar o al cine?». «Salgo menos, pero no estoy encerrado. Salgo para ayudar a los parados y a los jóvenes porque España me necesita». Esa idealización de sí mismo como su-

R.– Eso es lo último que puede ser un gobernante. La democracia es un contrato de desconfianzas. Si el hombre no fuera un lobo para el hombre, como dijo Hobbes, no tendríamos gobierno, ni parlamentos, ni jueces, ni leyes. Una imbecilidad como una catedral.

P.– ¿Zapatero ha tenido una ideología o un pensamiento adaptable a las circunstancias?

R.– Es un pensamiento líquido, que decía [Zygmunt] Bauman; encuentra su rendija para adaptarse a cada circunstancia. Pero es muy propio de nuestro tiempo. Hoy se ha acabado la función de los periódicos; la gente ve la televisión y se comunica por esa chorrada de Twitter donde tienes que exponer un pensamiento en 140 caracteres. Todo es así, superficial, impactos de imágenes. Zapatero no es un perverso guiado por su maldad, sino un producto muy de su tiempo, con mucho más talento natural que cultura y conocimiento de su oficio. Ha sido el chico de al lado, un tipo simpático y el presidente que mejor aguanta las críticas. Y su éxito no ha sido en vano, ha logrado que se le copie también en la oposición. Pero no hay ideología detrás; si no, no se entenderían cosas tan peregrinas como que «bajar los impuestos es de izquierdas» o «subir el tabaco y el alcohol es de izquierdas».

P.– ¿Qué puede hacer ahora el PSOE?

R.– Yo a Zapatero no le tengo ninguna manía y en el libro no le descalifico en ningún momento. De hecho me está predisponiendo a su favor el desconcierto que tienen que sentir muchos socialistas de buena fe sorprendidos por cómo han podido llegar a esto. ¿Cómo puede ser que al hombre con más poder en el PSOE, que no ha tenido oposición interna, ni siquiera le pongamos en los mítines? A Zapatero se le esconde debajo de la alfombra como al polvo que no conviene que vean las visitas. Yo creo que el pobre no se puede explicar a sí mismo lo que está pasando.

P.– ¿No ha sabido administrar su talento?

R.– De lo único que ha sido consciente es de su poder de seducción. Pero no creo que tenga una explicación lógica de por qué ahora su partido le ha vuelto la espalda tan de la noche a la mañana.

P.– ¿Cuándo acabó su embrujo?

R.– Se rompió con la crisis, con la bofetada de la realidad. Todos los males del Gobierno de Zapatero estaban en la primera legislatura, con la negociación con ETA, la reforma de la España autonómica y la memoria histórica. La diferencia es que el mapa autonómico se resolvió con el relativismo léxico; pero la crisis, como la financiación autonómica, son números, y los números no se resuelven con lenguaje creativo.

P.– ¿Patxi López es heredero de esa forma de hacer política?

R.– En parte sí. Y este libro ha sido premonitorio porque acabamos de ver lágrimas socialdemócratas en Euskadi. Nada menos que un ministro de Interior y un lehendakari llorando a moco tendido. Es verdaderamente sorprendente. Milan Kundera lo describió bien hablando de la política *kitsch*: echo una lágrima porque ha llegado la paz, y otra porque yo estoy conmovido porque la paz ha llegado. Esa segunda lágrima es la socialdemócrata.